

mente al enemigo, a Quevedo le quedarían dos opciones para tratar de cumplir la misión encomendada: la primera sería continuar en busca del alto de Palma Mocha, o sea, proseguir en la dirección originalmente prevista en la orden de operaciones; la segunda, retroceder hasta la costa, reembarcar y volver a desembarcar en otro punto, que por toda lógica no podía ser más que la playa de La Plata. Como es natural, yo no sabía en ese momento que Quevedo había desestimado la ruta indicada desde el puesto de mando de Bayamo, lo cual hubiese sido un elemento adicional a favor de la segunda variante. Pero, no obstante, poniéndome en su lugar, había llegado a la conclusión de que lo más viable era intentar un nuevo desembarco.

En vista de este análisis, después de recibir el primer mensaje de Paz, mandé a Miret a reforzar con 10 hombres bien armados la posición de este en La Caridad, y que con el resto de su personal regresara río abajo lo más cerca posible de la playa y continuara fortificando el camino del río La Plata. Mi intención era crear de nuevo las condiciones para resistir palmo a palmo el avance enemigo que, con seguridad, se produciría a lo largo de ese río.

A Paz le contesté:

No sabes el valor que tiene en estos instantes haber rechazado a los guardias por ese camino. Te felicito por el acierto y por la acción a lo igual q. a los bravos compañeros que están contigo. Esto nos permite mejorar una situación q. parecía difícil si los guardias hubieran llegado a Naranjal.

Realmente, la actuación de Paz y de sus hombres fue excepcional durante todos estos días. Con su rápida y decidida respuesta a la sorpresiva maniobra enemiga, Paz demostró sus extraordinarias condiciones como táctico, como jefe y como combatiente. En ese mismo mensaje le informé del refuerzo que estaba orientando enviarle y de otra escuadra de ocho hombres que despaché a reforzar la posición de Roberto Elías en el camino del alto de Palma Mocha.

Mientras tanto, después del mediodía, los guardias realizaron un nuevo intento de romper la defensa de Paz y sus combatientes en el alto de La Caridad. Se produjo otro intenso combate, en el que esta vez el enemigo actuó con mayor habilidad y trató de flanquear las posiciones rebeldes. Sin embargo, de nuevo la aguerrida tropa de Ramón Paz, inspirada por el éxito de la acción de la mañana y por el aliento que recibió de su jefe, contuvo el avance y rechazó a la fuerza enemiga, mucho más numerosa, mejor armada y provista de abundante parque. En esta segunda acción, los guardias sufrieron varias bajas entre muertos y heridos, y ningún rebelde fue siquiera herido. Una vez más se demostraba que una moral invicta y una voluntad decidida convertían a nuestra guerrilla en una fuerza prácticamente invencible y capaz de mantener una posición bien escogida y preparada.

Ese mismo día comenzó a cumplirse la otra parte del plan original del mando enemigo, es decir, el desembarco previsto en la playa de La Plata de la Compañía G-4 del Batallón 18, la que debía servir de apoyo logístico a las otras dos, cuya misión era penetrar en profundidad en el territorio rebelde.

La desembocadura del río La Plata era uno de los lugares fortalecidos de manera especial a lo largo de toda la costa, pues siempre tuve la certeza de que en algún momento el enemigo lo utilizaría, por su posición en la misma base del eje principal de su más probable dirección de ataque y por sus privilegiadas condiciones topográficas para establecer un campamento de retaguardia con todas las ventajas, como cabeza de playa de su ofensiva desde el Sur. Por esa razón, el grupo rebelde desplegado allí era relativamente numeroso, con amplias posibilidades de preparar buenas trincheras y reforzado, además, con una de nuestras dos armas pesadas: la ametralladora calibre 50 que manejaba Braulio Curuneaux. La posición, como se recordará, estaba a cargo de Pedro Miret, auxiliado por René Rodríguez y Dunney Pérez Álamo.

Sin embargo, parece ser que la situación de las posiciones rebeldes en la desembocadura del río

había comenzado a deteriorarse en los días inmediatamente anteriores al desembarco enemigo. La inactividad y la tensión de los tantos días pasados en espera de este desembarco, las difíciles condiciones de suministro y la consiguiente hambre de la tropa, la falta de una disciplina lo suficientemente estricta como para evitar la aparición de algunas manifestaciones de desorganización y pequeñas rencillas entre los distintos grupos a los que les había tocado convivir durante un tiempo prolongado, provocaron un cierto grado de relajamiento. A estos factores habría que añadir la indecisión manifestada en ese frente en los primeros momentos posteriores a la maniobra de Quevedo en dirección a La Caridad, y la poca agilidad demostrada en el cumplimiento de las sucesivas órdenes que recibían. Téngase en cuenta la extrema fluidez de la situación en las últimas 24 horas antes del desembarco, durante las cuales Pedrito recibió instrucciones más de replegarse hacia el interior en el momento en que la situación de Paz era aún incierta, para luego recibir la orden de ocupar de nuevo posiciones lo más cerca posible de la playa cuando yo pensaba que ya se habían replegado. Sin embargo, en la práctica, la situación operativa cambiaba constantemente y mis órdenes se solapaban sobre las anteriores sin haber sido cumplidas.

Todo esto contribuyó, al parecer, a crear cierta confusión. El hecho es que, cuando los guardias se acercaron a la costa e iniciaron la preparación del desembarco, apenas se les dispararon unos cuantos tiros. Hay que imaginar el daño que hubiera podido hacer un grupo de rebeldes bien atrincherados, disparando a mansalva sobre los guardias en la maniobra de desembarco, con el apoyo nada menos que de una ametralladora 50 en manos de nuestro mejor artillero. Posiblemente, el desembarco se hubiese llevado a cabo de todas maneras, pero el enemigo hubiese sufrido un buen número de bajas. Y no es ilógico suponer que, ante una resistencia organizada y efectiva, el jefe de la compañía habría desistido. Hubiese sido una tremenda victoria que, junto con la de Paz en La Caridad, habría compensado con creces el pobre desempeño rebelde ese mismo día en el frente de las Vegas de Jibacoa.

Pedrito me mandó primero un escueto mensaje donde decía que los guardias habían desembarcado, que Álamo hizo resistencia y se retiró como se le había dicho, y que toda la tropa estaba ya camino de Purialón.

Me extrañó mucho en esa nota la información de que el enemigo no le había dado tiempo a nada y que la gente de Álamo estaba dispersa, lo cual indicaba una retirada desorganizada.

Más tarde, recibí un segundo reporte un poco más amplio, por el que me di cuenta de que las cosas no habían salido como debían. Sin embargo, la evaluación de Pedrito de lo ocurrido y de la conducta de los hombres de Álamo, era positiva. Por ese segundo mensaje me enteré también de que al producirse el desembarco ya René Rodríguez estaba camino de Jigüe con parte del personal de la playa, lo cual podía haber contribuido a que ocurriera tan deslucida función en la playa de La Plata.

Tanta insistencia en ocupar posiciones a lo largo del curso inferior del río, en la boca de Manacas, Purialón o Jigüe, me hacía pensar que Pedrito no había comprendido bien el sentido de mis reiteradas prevenciones acerca del curso de acción que debía seguir en caso de que los guardias forzaran la línea de Paz en La Caridad y lograran penetrar hasta El Naranjal. En ese caso, no tendría sentido alguno mantener una tropa más abajo de este punto, máxime después de producirse el desembarco en la playa. Por eso le reiteré, en la tarde del día 20, después de haber recibido sus dos mensajes sobre lo ocurrido en la desembocadura del río, que si el enemigo entraba en El Naranjal tenía que trasladarse con todo el personal hacia arriba. Y, sobre todo, le insistí en que hiciera contacto lo antes posible con Paz para que coordinara su actuación con él. En medio de los peligros de una situación a cada momento cambiante, me tranquilizaba constatar que Paz sabía tomar decisiones acertadas de acuerdo con las circunstancias. Por otra parte, la reunión de las dos fuerzas era necesaria para el plan que había comenzado a madurar en mi mente.

A estas alturas, como dije antes, ya había dejado de preocuparme demasiado la posibilidad de penetración de los guardias hasta El Naranjal. Me percataba cada vez más de que, con una resistencia adecuada, era prácticamente imposible que una columna enemiga pudiera seguir avanzando más allá. Esa noche ya había iniciado los preparativos para crear una resistencia, comenzando por colocar minas, que ocultas tras un matorral, ramas u hojas, podían desbaratar cualquier vanguardia enemiga que se aventurara más allá de El Naranjal. Estaba casi seguro de nuestra capacidad de paralizar a los guardias en esa dirección. El lugar, además, se prestaba no solo para contener a esa tropa, sino también, para su posible captura.

Lo que más me preocupaba esa noche era la situación de otra tropa enemiga que, según los informes recibidos durante el día, subía por el río Palma Mocha en dirección a El Jubal, donde debíamos tener la emboscada de Roberto Elías en la casa de Emilio Cabrera. Resultó que no existía esa pequeña fuerza allí, donde había dado instrucciones precisas de ubicarla, pero eso no lo supimos hasta el día siguiente. Esa noche me ocupé de pedirle a Paz un refuerzo para esa posición y de preparar varios exploradores que al amanecer debían partir hacia El Jubal a evaluar la situación sobre el terreno.

En cuanto a Paz, le ordené que se replegara con todos sus hombres hacia El Naranjal esa misma noche. Quizás esta orden le resultase sorpresiva, teniendo en cuenta que durante todo el día había estado combatiendo exitosamente para impedir precisamente que el enemigo pudiera cruzar de La Caridad hacia El Naranjal. Pero mi valoración era la siguiente: si los guardias habían logrado romper la resistencia de Paz, cosa que yo no sabía todavía, de todas maneras era necesario que se retirara más arriba de El Naranjal; pero si todavía mantenía su posición en La Caridad, entonces lo que había que hacer era precisamente dejarle expedito el camino de El Naranjal para invitarlos a seguir en esa dirección. Tan seguro estaba de que caerían en una ratonera que buscaba cómo librarles el camino de obstáculos.

También en esta ocasión, sin embargo, Paz demostró su perspicacia táctica. En el mensaje que me envió al día siguiente, me confirmaba el cumplimiento de la orden de trasladar sus posiciones a El Naranjal, y me decía:

Yo creo que obligando a los guardias a pelear en el terreno que a nosotros nos conviene, podemos no solo aguantarlos, sino hacerlos retroceder y derrotarlos.

Pienso poner 2 hombres a hostilizarlos por dondequiera que traten de llegar, pero lejos de la emboscada que les tenemos.

La nueva línea defensiva en El Naranjal estaba compuesta por el personal de Paz, el de Pedro Miret y la escuadra de la ametralladora calibre 50 manejada por Albio Ochoa y Fidel Vargas. Era una de las dos que llegaron desde Costa Rica en el avión en que viajó Miret. Paz dispuso la ubicación del personal de Álamo con la otra 50 —la de Curuneaux— sobre el camino nuevo, abierto de hecho por los rebeldes, que comunicaba Palma Mocha y los llanos del Infierno con la zona de Camaroncito, más arriba de El Naranjal. Esta posición cubría el posible acceso de una fuerza enemiga desde el curso superior del río Palma Mocha, en caso de que fuese cierta la información de que una tropa enemiga se movía río arriba, si era superada la emboscada de Roberto Elías a la altura de El Jubal. Con ello se evitaría que el enemigo apareciera por la retaguardia de la línea rebelde en El Naranjal.

Ese era uno de los puntos que más me preocupaba en ese sector a estas alturas de las disposiciones defensivas. Otros dos eran el camino que subía de la casa de Emilio Cabrera en El Jubal al firme de la Maestra y bajaba de allí a Santana, sobre el río Yara, más arriba de Santo Domingo, y el camino de a pie a lo largo del firme de la Maestra, hacia el Este, en dirección al alto de Joaquín y hacia el Oeste en dirección a Radio Rebelde y la Comandancia en La Plata. Estos accesos tenían significación a partir de la premisa que aún no habíamos desestimado de que existía una fuerza enemiga en el río Palma Mocha, cuyo destino evidente sería coronar el firme de la